

Teoría y metodología en el conocimiento de América Latina

Raquel Sosa Elízaga

La sistematización de los problemas teórico-metodológicos de las ciencias sociales requiere mucho más que un esfuerzo de reflexión individual. Es evidente que la complejidad de la realidad social se expresa también en el conocimiento científico. Las problemáticas planteadas por las transformaciones del sistema capitalista, la subordinación crítica de sociedades subdesarrolladas, la consolidación del sistema socialista y la explosión revolucionaria en países del llamado Tercer Mundo dificultan enormemente un intento de totalización de la experiencia científica del presente siglo.

Indudablemente, la cuestión central que se plantea al conocimiento social en la actualidad es si es posible comprender, a partir de la formulación de una teoría general de la sociedad, la multiplicidad de expresiones particulares de vida colectiva que existen en nuestro mundo. Es claro que dicho asunto sólo puede ser considerado a partir de que existe una extraordinaria red de comunicaciones e informaciones que favorece el intercambio de experiencias a cierta profundidad. Sin embargo, también es cierto que la inmensa variedad de situaciones que enfrentamos oscurece la discusión en los términos tradicionales de la ciencia decimonónica, que pueden sintetizarse como la lucha entre la teoría del progreso y la de la revolución.

En las últimas décadas han surgido, de manera legítima, clasificaciones que atienden a la necesidad de interpretar con nuevos criterios la problemática social de nuestro tiempo; y así, se divide alternativamente el mundo en sociedades industriales y agrarias, desarrolladas y subdesarrolladas, grandes potencias y países subordinados a ellas, bloques de poder y países no alineados a dichos bloques, etcétera; es que el abismo surgido entre sociedades capitalistas no es menor al que existe entre sociedades socialistas. La visión analítica debe ser constantemente rediscutida para adecuarla a una realidad cuyas exigencias son frecuentemente mucho mayores a aquéllas recogidas por la teoría clásica.

Asimismo, la confrontación de informaciones y experiencias sobre distintos aspectos de la vida social

ha dado lugar a un acrecentamiento de las oportunidades del saber, expresado, por una parte, en una diversificación —y a menudo fragmentación— de campos de aproximación a la realidad, así como en una diferenciación teórica e ideológica enorme en aquellas corrientes que parecían, hasta hace unos años, relativamente unificadas.

El estado actual de las ciencias sociales nos obliga a interrogarnos sobre la vigencia de una concepción tan brillante como la de T.S. Kuhn sobre los paradigmas del conocimiento científico. ¿Es posible sostener hoy en día la exclusión de los paradigmas, como en el siglo XVIII? ¿Es cierto, como lo fue entonces, que una visión del mundo es capaz de revolucionar el conocimiento de tal modo que las cosas nunca más se vean como antes ni desde las variadas perspectivas de la "ciencia normal"? ¿Nos encontramos en la era del fin de los paradigmas científicos, o se trata de una época que se encuentra en los linderos del descubrimiento de un nuevo paradigma de conocimiento, una vez que se han agotado las capacidades explicativas de los paradigmas del siglo pasado?¹

1 Nos referimos al texto *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, Breviario no. 213, 1971. En ella Kuhn define de este modo los paradigmas del conocimiento: "La Física de Aristóteles, el *Almagesto*, de Tolomeo, los *Principios* y la *Optica* de Newton, la *Electricidad* de Franklin, la *Química* de Lavoisier y la *Geología* de Lyell —éstas y muchas otras obras sirvieron implícitamente, durante cierto tiempo, para definir los problemas y métodos legítimos de un campo de la investigación para generaciones sucesivas de científicos. Estaban en condiciones de hacerlo así debido a que compartían dos características esenciales. Su logro carecía suficientemente de precedentes como para haber podido atraer a un grupo duradero de partidarios, alejándolos de los aspectos de la competencia de la actividad científica. Simultáneamente, eran lo bastante incompletas para dejar muchos problemas para ser resueltos por el redelimitado grupo de científicos. Voy a llamar, de ahora en adelante, a las realizaciones que componen esas dos características, "paradigmas". (pp. 33, 34). Y más adelante, al afirmar las peculiaridades paradigmáticas de las revoluciones científicas, considera: "Guiados por un nuevo paradigma, los científicos adoptan nuevos instrumentos y buscan en lugares nuevos. Lo que es todavía más importante, durante las revoluciones los científicos ven cosas nuevas y diferentes al mirar con instrumentos conocidos y en lugares en los que ya habían buscado antes". (p. 176). Los paradigmas son para Kuhn visiones del mundo que transforman de raíz el espectro de la actividad científica y sus perspectivas.

Desde luego, los dilemas de la investigación científica no pueden estar exentos de una lucha ideológica y política central, que es la referida a la objetivación del conocimiento científico. En nuestra era, se han hecho presentes las consecuencias prácticas del saber y se ha evidenciado definitivamente que la relación humana con el medio y en sociedad no carece de dirección y sentido, y, por tanto, de voluntad.

Nunca como ahora se han considerado de manera tan dramática los horizontes y limitaciones de la llamada racionalidad científica, y nunca como ahora ha aparecido la razón como el instrumento más poderoso de la posibilidad de dignificación de la humanidad, o de su destrucción irreversible.

Es así que se ha roto la antes supuesta unidad de la práctica científica, y ha quedado severamente cuestionada la legitimidad de la neutralidad del entendimiento. Podríamos decir que estamos frente a una ruptura de la vieja polémica entre ciencias naturales y ciencias sociales referida al carácter factual del conocimiento científico, y, consecuentemente, a su pretendida diferenciación de toda apreciación valorativa. Aún en los llamados científicos "exactos" ha surgido inevitable el debate ideológico y la defensa de sus posiciones frente a una sociedad para la que, después de la explosión de la bomba atómica, y sobre todo ante el más reciente peligro inminente de destrucción total de la vida en el planeta por una guerra termonuclear, no puede seguir considerando que la ciencia sea un dominio exclusivo de los científicos.

Los riquísimos trabajos de investigadores tan diversos como John Bernal, Brian Easlea, Hilary y Steven Rose o Alain Jaubert² apuntan de manera coincidente a la angustiosa necesidad de redefinición de los objetivos del conocimiento científico, fundiendo de manera brillante y original la problemática de las ciencias naturales y las ciencias sociales en un sólo objetivo común: la supervivencia y dignificación de la vida sobre la tierra.

Y si esta preocupación resulta esencial en sociedades como las europeas o la norteamericana, que enfrentan la tragedia de los misiles que les señalan acusadoramente la perentoriedad de toda reflexión en un mundo en guerra, las exigencias del conocimiento no son menos apremiantes en sociedades como las nues-

tras, sometidas durante tantos años a las decisiones de las grandes potencias y con serias dificultades para formular, organizar y emprender nuevos derroteros que aseguren, al menos, que el conjunto de su población no se suma en un proceso de deterioro irreversible, de miseria y hambre crónicos, que anule por completo todo esfuerzo de reconstrucción social.

Una lectura general de las síntesis del avance del conocimiento en ciencias sociales en México y América Latina como las hechas por Octavio Ianni a mediados de los sesenta, o más recientemente por Sergio Bagú, Agustín Cueva o Pablo González Casanova,³ nos revela de manera abrumadora cómo en nuestra región la áspera y constante polémica de las ciencias sociales está determinada por el compromiso de la elaboración teórica con el tipo de sociedades en que queremos vivir, estableciendo de inmediato las formas y métodos de instrumentación a sus propuestas.

Ya resulta bastante aleccionador, en este mismo sentido, el hecho de que los intelectuales y científicos sociales de América Latina pasen sucesivamente de la cárcel o el exilio al gobierno, y que en esta negra etapa reciente de nuestra historia hayan estado las universidades entre los centros que más sistemáticamente hayan sido asaltados y reprimidos por los regímenes autoritarios que han asolado buena parte de nuestro continente.

A partir de las dificultades que hemos señalado, es posible, sin embargo, iniciar una ordenación de los horizontes que se han abierto a las ciencias sociales con la elaboración problemática de algunos de los temas que de manera más estable han poblado el vastísimo territorio de la investigación de los últimos años; buscamos enfatizar, en algunos casos, el paralelismo, y en otros, las diferencias entre las más significativas corrientes de pensamiento social europeo, norteamericano y latinoamericano que los abordan.

Hemos elegido, para ello, tres grandes tópicos que puedan servirnos como referencia para la elaboración de líneas generales en esta discusión:

A) La polémica sobre la unidad y objetividad del conocimiento científico. A partir de la argumentación hecha en el siglo pasado sobre la calidad de la observación analítica, múltiples estudiosos han escudriñado la relación y diferencia entre ciencia e ideología y, consiguientemente, los objetivos teóricos, académicos

2 Los textos mencionados son una actualización del debate entre los científicos sobre el sentido, historia y evolución posible de su actividad: John Bernal, *La Ciencia en Nuestro Tiempo*, México, UNAM-Nueva Imagen, 1979; del mismo autor, *La Libertad de la Necesidad*, Madrid, Ed. Ayuso, 1975; Brian Easlea, *La liberación Social y los Objetivos de la Ciencia*, México, Siglo XXI, 1977; Hilary Rose y Steven Rose, *Economía Política de la Ciencia*, México, Nueva Imagen, 1979; Jean Marc Lévy-Leblond y Alain Jaubert, *(Auto) Crítica de la Ciencia*, México, Nueva Imagen, 1980.

3 Octavio Ianni, "Sociología de la Sociología en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1965: 3, pp. 619-641. En cuanto a los otros autores, nos referimos al último balance realizado en un evento que reunió sus trabajos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Se trata de *Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos*, México, Coordinación de Humanidades, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1985.

y políticos del saber. Se ha formulado también la relación teoría, método y práctica social de modo que esclarece los límites del entendimiento. La vastedad del campo abierto está expresada en la multiplicidad de investigaciones sobre problemas epistemológicos relativos a la sociología del conocimiento en los últimos años. Todo parece indicar que se halla en proceso la intensificación de relaciones interdisciplinarias que permitan consolidar los avances logrados. Aquí señalaremos solamente algunas de las tesis más significativas de dicha elaboración, procurando vincularlas con el estado actual de las sociedades en que se han producido.

B) La polémica sobre las perspectivas de la sociedad industrial. En el pasado, parte importante de esta confrontación estuvo orientada a la elaboración de modelos o tipologías sociales, y podemos afirmar que prácticamente en todas las corrientes de pensamiento llegó a considerarse una generalización o mundialización inevitable del régimen fabril. En el presente, la extrema diferenciación de sociedades industriales y agrarias, por una parte, y las peculiaridades del desarrollo de la gran industria en los países avanzados, por otra, obliga a una revisión que toca muy a fondo la cuestión de las perspectivas de continuidad de los sistemas producto de la revolución industrial. Los temas planteados son muchos y muy diversos, desde la marginalidad hasta la organización altamente tecnocrática, la creación artística y cultural, las nuevas expresiones del fenómeno del poder. Procuraremos relevar el núcleo de dicha controversia para explicar su importancia en la elaboración de nuevos conocimientos sobre la sociedad del futuro.

C) El debate sobre las perspectivas del cambio social. Como lo señalamos anteriormente, la evolución de las ciencias sociales estuvo estrechamente vinculada a la preocupación sobre el progreso o la transformación de las sociedades contemporáneas.

Buscaremos destacar los problemas de la transición del capitalismo al socialismo, que han sido objeto de múltiples discrepancias recientes, así como el enriquecimiento que en las ciencias sociales ha producido el debate sobre las últimas experiencias revolucionarias en el mundo.

A) La polémica sobre la unidad y objetividad del conocimiento científico.

En las ciencias sociales, la controversia sobre la objetividad del conocimiento científico estuvo referida, desde sus inicios, al carácter de la observación, cuyos principios habían sido definidos por las ciencias naturales.

El extraordinario desarrollo de la ciencia y la técnica aplicadas a la producción, que tuvo lugar con la re-

volución industrial, obligó a los teóricos de la sociedad a dirigirse las siguientes preguntas: ¿Podría aplicarse al conocimiento de lo social la calidad de observación que estaba probada frente a la naturaleza? ¿Podría el investigador desembarazarse de todos sus juicios y preconociones para estudiar libremente un objeto del que él mismo formaba parte?

Alvin Gouldner⁴ ha planteado, con extrema justicia, que la cuestión de la objetividad de las ciencias sociales ha estado íntimamente vinculada a su utilidad social, es decir, al reconocimiento social de la aplicabilidad de sus productos a la organización de la sociedad. Y es así que las ciencias sociales surgieron marcadas por el utilitarismo a principios del siglo XVIII, y ya en el siglo XIX los analistas comenzaron a disputarse la exclusividad de sus campos de conocimiento.

El otro gran sustento de las indagaciones fue el dominio de la razón. Como lo señalan Lukács y Marcuse, la razón fue concebida en la filosofía y la ciencia de los siglos XVIII y XIX como la explicación fundamental de la evolución de la humanidad. Parecía bastar con conocer para que se produjeran efectos en la vida social. *Parte importante de la investigación epistemológica se concentró entonces en la construcción de una totalidad abstracta que se suponía rectora de la totalidad social. Paralelamente se buscó también el perfeccionamiento del método como un recurso cuya validez se refería a sí mismo.*⁵

Fue Marx quien revolucionó la visión de las ciencias sociales, desentrañando sus premisas ideológicas y su adscripción casi exclusiva, hasta mediados del siglo XIX, al punto de vista de la clase dominante, al tiempo que amplió el horizonte del conocimiento orientándolo a su transformación.

Marx argumentó por primera vez la problemática relación de la teoría con la práctica social desde la perspectiva de la revolución. La teoría era, desde su punto de vista, no sólo explicación de la realidad, sino guía para su transformación práctica, siempre y cuando de ella se apropiara un sujeto radical. Introdujo con ello dos complejos problemas que serían abordados en las ciencias sociales del siglo XX: la cuestión del conocimiento como explotación de un horizonte de visibilidad, y la relación entre análisis totalizador de la sociedad y potenciación de la fuerza social revolucionaria.

Esta cuestión es tanto teórica y metodológica como política, ya que en ella están implicados los obje-

4 Nos referimos a su excelente trabajo *La Crisis de la Sociología Occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973. En particular, a la lectura del tercer capítulo de la primera parte: "Cultura utilitaria y sociología", pp. 64-87.

5 Gyorgy Lukács, *El Asalto a la Razón*, México, Grijalbo, 1976 (especialmente la introducción y los tres primeros capítulos). Herbert Marcuse, *Razón y Revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.

tivos del conocimiento, la formulación de procedimientos de aproximación a la totalidad social, y la relación de la teoría con los autores sociales.⁶

Las disparidades en el avance contemporáneo de la reflexión no pueden referirse, sin embargo, solamente a la evolución interna de las ciencias sociales. Es la sociedad la que exige y determina una orientación a la teoría y no puede argumentarse del mismo modo en sociedades en que la clase obrera tiene una presencia social y política determinante como en sociedades con grados distintos de desarticulación de sus elementos, en que sus sujetos sociales son todavía incapaces de proyectarse sobre toda la nación.

Esto explica, desde nuestro punto de vista, preocupaciones tan diversas como las que intentamos detallar, y determina caminos frecuentemente opuestos en el desarrollo de las ciencias sociales.

Por ejemplo, Alvin Gouldner ha desatado una polémica sobre el papel de la ideología en el conocimiento científico, y encabezó en los años sesenta una cruzada contra la llamada neutralidad ideológica en las ciencias sociales, posición dominante en la mayoría de las universidades norteamericanas. En su artículo "El Antiminotauro: el Mito de una Sociología No Valorativa" detalla la falsedad de los argumentos de quienes sostienen una pretendida ubicación del conocimiento por encima del movimiento real de la sociedad y de las fuerzas que lo componen; denuncia el ocultamiento de información y los presupuestos ideológicos de las corrientes científicas, y concluye con un llamado político y moral a los científicos sociales para que asuman abiertamente su compromiso con la sociedad y enfrenten las consecuencias teóricas, ideológicas y sociales de las posiciones que manifiestan en sus trabajos académicos.⁷

Es prácticamente imposible no vincular esta preocupación con la utilización intensiva que han hecho los establecimientos militar e industrial norteamericano del conocimiento producido en las universidades, y el amplio movimiento de denuncia que entre intelectuales, artistas, estudiantes y profesores democráticos provoca este hecho, desde la Segunda Guerra Mundial a la guerra de Vietnam, y más recientemente,

a la guerra contra Centroamérica.

La lucha entre concepciones semejantes en el conocimiento ha tenido lugar, en Europa, entre los partidarios del llamado positivismo lógico del Círculo de Viena, dirigido por Karl Popper, y los miembros de la escuela de Frankfurt: Theodor Adorno, Max Horkheimer y Jürgen Habermas.⁸

En términos generales, Popper considera que la calidad científica del conocimiento no puede medirse por otro parámetro que no sea la aptitud del método para resolver los asuntos que se le plantean. La ciencia debe avanzar sobre la base de soluciones tentativas, de aproximaciones sucesivas a sus propios problemas, y en ello no puede haber diferencia alguna entre el conocimiento en ciencias sociales y en ciencias naturales. El conocimiento científico es pertinente en la medida del rigor de su método.

Adorno, Horkheimer y Habermas, en cambio, se oponen a lo que llaman el desarrollo de la "razón instrumental" del Círculo de Viena y sostienen que no puede haber conocimiento en abstracto, sino determinado por el objeto, y que la científicidad debe definirse de acuerdo a la correspondencia entre los supuestos teóricos y la realidad que explican. Desde esta perspectiva, *reivindican la dialéctica como método de conocimiento, en sus trabajos, consideramos, no alcanzan a superar la deficiencia que critican, es decir, la desarticulación de la teoría y la realidad social*. Desarrollan ampliamente el concepto de totalidad, pero lo conciben finalmente como problema teórico, ya que al aplicarlo al estudio de la realidad son incapaces de encontrar en ésta las contradicciones activas de que son la base para su transformación.

En sus debates, ambas corrientes de pensamiento reivindican el uso de la razón, ya sea instrumental o crítica, como el eje de su concepción social. Es muy significativo que sustenten su elaboración en las más importantes escuelas idealistas de pensamiento del siglo pasado, Kant y Hegel, orientándose sobre todo a una sistematización de la explicación. Se sitúan, así en muchos sentidos, en lo que Marx llamaba la crítica teórica, o el partido político teórico, en tanto que abstraen la dinámica social concreta que, sin embargo, los determina. La razón aparece así disociada de la práctica, aunque ésta sea su fundamento. Y es que el movimiento de la realidad supera constantemente a la teoría y la exige romper con sus más arraigados mitos.

Otra evolución importante referente a problemas teóricos y metodológicos se ha desarrollado en Fran-

6 Entre muchos otros, sigue siendo un texto clave para comprender los problemas de la historia del pensamiento el que escribiera en colaboración con Engels, *La Ideología Alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1969. Asimismo, las "Tesis sobre Feuerbach" publicadas en varias ediciones, y de las que hace un detallado análisis Adolfo Sánchez Vázquez en *Filosofía de la Praxis*, México, Grijalbo, 1981.

7 *La Sociología Actual. Renovación y Crítica*. Madrid, Alianza, 1979. Además, Gouldner publicó un estudio muy completo sobre el concepto de ideología. No conocemos traducción al español: *The Dialectic of Ideology and Technology*, London, MacMillan Press, 1977.

8 La bibliografía de estos autores es abundantísima, pero hay una interesante muestra de la discusión que abordan en el texto de Popper, Adorno, Dahrendorf y Habermas, *La Lógica de las Ciencias Sociales*, México, Grijalbo, 1978.

cia, a partir de Ferdinand de Saussure en la lingüística y Claude Lévi-Strauss en la antropología, lo que se ha denominado el análisis estructural. Dicha corriente enfatiza las conexiones internas, como las relaciones de causalidad, en los elementos que conforman el discurso y en las instituciones sociales. Sus razonamientos han sido ampliamente aplicados al estudio de las distintas formas de vida comunitaria, a las teorías de la información y comunicación y, en general, a toda la red compleja de relaciones de los distintos aspectos de la vida social contemporánea. Es difícil encontrar un espacio de conocimiento en las ciencias sociales que no haya sido penetrado, en el análisis riguroso de cualquier forma de organización, por esta visión. Aún en el marxismo, estudios como los de Louis Althusser y Nicos Poulantzas se han construido a partir de una difícil y aún riesgosa combinación de dialéctica y estructuralismo. Vale la pena revisar, al respecto, la antología *Estructuralismo y Marxismo*, publicada en la década pasada.⁹

Una variante de aproximación teórica y metodológica a esta perspectiva son los estudios emprendidos por Talcott Parsons, fundador de la escuela sociológica norteamericana. Parsons releva los problemas particulares que afectan el funcionamiento de la sociedad industrial de un modo que identifica los núcleos posibles de inestabilidad sistemática y extrae de ellos enseñanzas sobre el conjunto del desarrollo colectivo. En los últimos años, las investigaciones funcionalistas han abarcado aspectos tan diversos como la marginalidad, la drogadicción, el desempleo, la homosexualidad o las distintas formas de subversión al sistema. Sobra decir que han encontrado un campo vastísimo en sociedades subdesarrolladas, particularmente en África y América Latina.¹⁰

Desde nuestro punto de vista, la intensiva búsqueda teórica y metodológica a que nos hemos referido es resultado de una crisis ideológica y moral de muchos científicos sociales europeos y norteamericanos. En primer lugar, han debido presenciar las incontrastables transformaciones sociales, ideológicas y políticas de las que antes fueron las principales fuerzas motri-

ces del cambio social. Las poderosas organizaciones de trabajadores formadas a fines del siglo pasado o principios del actual influyen ahora en la administración de la producción, al tiempo que han restringido su actividad política al ámbito corporativo en casi todas las naciones capitalistas desarrolladas. Por su parte, los países socialistas europeos padecen una ideologización y en cierto sentido también una despolitización del conocimiento. No abundan allí las contribuciones originales recientes a problemas teóricos, y esto también es explicable por la orientación predominantemente administrativa que se da a los problemas de la vida social.

La aproximación a sociedades complejas, cuyas contradicciones se perciben con extrema dificultad, lleva comprensiblemente a muchos científicos sociales a refugiarse, por una parte, en las profundidades de la práctica teórica, como la denominaba Althusser, o en las minucias del estudio de los procedimientos o los casos. Nuevamente, el conocimiento totalizador de la realidad requiere algo más que capacidad creativa para que tenga eficacia práctica. Sólo la función de los movimientos sociales con la teoría crítica le permitirá salir de las trampas en que se ha colocado. Sólo entonces adquirirá su verdadera dimensión el rigor alcanzado en el desarrollo de la investigación y podrá producirse una relación más activa y plural entre el conocimiento y la sociedad.

En América Latina, aunque el recorrido ha tenido algunas semejanzas, las diferencias son igualmente significativas. No se puede negar que el surgimiento de las ciencias sociales en nuestros países ha estado asociado a las principales corrientes de pensamiento europeo, y que aún ahora, los temas y problemas de estudio son frecuentemente señalados por las evoluciones de aquél.

No obstante, la gran receptividad que priva en nuestra región a los estudios y controversias producidos en los países centrales, contrasta con la escasa elaboración propia. La teoría aparece todavía en muchos estudios de y sobre nuestros países como algo ajeno o

9 Ferdinand De Saussure, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1945. De Claude Lévi-Strauss, véanse por ejemplo *Antropología Estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1968; *Las Estructuras Elementales de Parentesco*, Buenos Aires, Paidós, 1969; o *El Pensamiento Salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964. Para una reflexión actualizada, Paolo Caruso, *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1969. Para estudiar la influencia del método estructural en las ciencias sociales, hay innumerables materiales. Recordando la antología *Estructuralismo y Marxismo*, México, Grijalbo, 1970, y otra antología con el mismo título publicada en Barcelona, por Martínez Roca, 1969. La influencia del estructuralismo en el pensamiento marxista ha sido abordada en la discusión de Louis Althusser, *Elementos de Autocrítica*, Barcelona, Laia, 1974, y Adolfo Sánchez Vázquez,

Ciencia y Revolución, Madrid, Alianza Editorial, 1978. Apreciaciones más generales sobre el método estructural pueden encontrarse en Varios, *Estructuralismo y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969; Henri Lefevre, *Estructuralismo y Política*, Buenos Aires, La Pléyade, 1969, y Varios, *Clases de Estructuralismo*, Buenos Aires, Calden, 1969.

10 Talcott Parsons, *Apuntes sobre la Teoría de la Acción*, Buenos Aires, Amorrortu, 1953; *El sistema de las Sociedades*, México, Trillas, 1974; *La Sociedad: Perspectivas Evolutivas y Comparativas*, México, Trillas, 1974. Una combinación del análisis estructural y funcional aporta Robert K. Merton, *La Sociología de la Ciencia: Investigaciones Teóricas y Empíricas*, Madrid, Alianza Editorial, 1977; *Teoría y Estructura Sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, entre otros de sus escritos.

hipostasiado, y los lectores y elaboradores de teoría social son con frecuencia acusados de extranjerizantes, por lo que su reconocimiento y enriquecimiento son mínimos. Pareciera que las sociedades latinoamericanas han estado durante mucho tiempo imbuidas en sus propios y gravísimos problemas como para prestar atención a elaboraciones que se suponen propias de sociedades desarrolladas. La otra parte de la verdad es que nuestras universidades se han sometido durante un largo período a la influencia del estructuralismo y el funcionalismo y han autolimitado su producción en ciencias sociales a las exigencias más inmediatas de la problemática social.

Me atrevería a decir que sólo la explosión de la realidad exigió una modificación drástica de la teoría y que en América Latina ello ocurrió con la Revolución Cubana. Antes de ella, había un oscurecimiento de la identidad regional y poco se conocían las interesantísimas reflexiones y propuestas de latinoamericanos como Martí, Bolívar, Flores Magón, Vasconcelos o Mariátegui. En los ámbitos académicos la selección de autores favorecía ampliamente a los señalados como mayoritariamente propios de las universidades norteamericanas.

Es por estas razones que resulta muy significativo un esfuerzo como el realizado por Sergio Bagú, en su libro *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*,¹¹ en que examina lo que él llama la influencia de Occidente en la elaboración del conocimiento social latinoamericano, para sistematizar algunos temas y problemas que pueden ser de extrema utilidad en una reflexión propia.

No menos importante resulta el esfuerzo de investigadores como René Zavaleta y Adolfo Sánchez Vázquez, quienes han inspeccionado la cuestión de ideología y ciencia, teoría y praxis y horizontes de visibilidad del conocimiento en visión de los requerimientos de una región tan dinámica y compleja como la nuestra.¹²

Recordamos, por último, el trabajo sistemático de Hugo Zemelman, quien ha profundizado en los problemas y perspectivas de la teoría del conocimiento de manera creativa y original.¹³ El común denominador de estos trabajos es el que se hayan apropiado de los instrumentos teóricos de las ciencias sociales para dilucidar las condiciones y posibilidades del conocimiento en nuestras sociedades. Y es por eso que los temas más debatidos son la asunción de un punto de vista comprometido con la necesidad de transformación de la realidad y el problema de la aproximación de la sociedad como un todo cuyas particularidades sean el sustento de una nueva práctica social.¹⁴

B) La polémica sobre las perspectivas de la sociedad industrial.

Han sido múltiples y muy variadas las formas en que se ha estudiado el fenómeno de la industrialización. Tal vez, si hiciéramos un recuento, encontraríamos un promedio numérico de los estudios técnicos y económicos referidos a su estructura y efectos. Sin embargo, no es ésta la visión que ubique mejor la

pliamente el concepto de horizonte de visibilidad, clave para su elaboración epistemológica: "Uno conoce, naturalmente, desde lo que es, aunque es cierto que, en ciertos casos, como en la clase obrera, el ser no se reintegra sino cuando adquiere su autoconocimiento, y por tanto, la sociedad no se hace susceptible de ser realmente conocida sino cuando se ha totalizado, es decir, cuando ya nada sucede en ella con autonomía, cuando todo ocurre con referencia a los demás, cuando, en suma, todos producen para todos. Con esto se alude a un complejo proceso que va desde la propia ampliación de la unidad productiva, que aquí es la fábrica, hasta la construcción de una cultura de ciudades, el continuum mercado interno— Estado nacional, democracia burguesa, etc. En este sentido, el marxismo no es sino la utilización científica del horizonte de visibilidad dado por el modo de producción capitalista. Horizonte de visibilidad éste que no puede ser explotado por la burguesía, cuya conciencia está oscurecida por la compulsión ideológica de su propia dominación, sino por el sector de los trabajadores productivos de este modo de producción, es decir, por el proletariado industrial que es así no sólo el actor fundamental del proceso capitalista de trabajo sino también el único capaz de tener un conocimiento adaptado a su objeto." El texto completo, "Clase y Conocimiento", fue publicado por la *Revista Historia y Sociedad*, Segunda Epoca, México, no. 5, pp. 3-8. La obra de Sánchez Vázquez es, en cambio, muy amplia; además de los textos referidos, abundan sus artículos en revistas especializadas, y son conocidas su antología *Estética y Marxismo*, México, Era, 1969, y su obra de análisis teórico *Filosofía de la Praxis*, México, Grijalbo, entre otras.

13 Destacan, últimamente, sus textos "Totalidad y forma de razonamiento" en Enrique Leff, coord., *Biosociología y Articulación de las Ciencias Sociales*, México, UNAM, 1981; y el más completo, *Historia y Política en el Conocimiento*, México, FCPS-UNAM, 1983. Aporta también, como Zavaleta y Bagú, a la historia de América Latina con múltiples trabajos.

14 En México, la docencia e investigación en ciencias sociales se intensificó con la labor del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, bajo la dirección de Lucio Mendieta y Núñez, y en 1951, con la fundación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas. Véase, al respecto, la excelente antología *Sociología y Ciencia Política en México (Un balance de veinticinco años)*, México, UNAM, 1979.

11 Sergio Bagú, *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento*, México, Siglo XXI, 1971. Desde el prefacio, la motivación de la obra es clara: "En cierta medida, esta obra tiene el valor de un testimonio. De viajar y ver en América Latina —misericordia y opresión en un marco de enormes recursos naturales—, de estudiar sus problemas y de la tarea de la cátedra fue surgiendo una grave duda. La de que hay una teoría del fenómeno social que se encuentra radicalmente sobrepasada por la realidad. Es la elaborada en los centros culturales de Occidente y traducida en América Latina al idioma vernáculo. (p. 1) Bagú realiza una síntesis de los temas y autores que han influido en el examen de la realidad latinoamericana, para esbozar una teoría del conocimiento que parta de investigar, como una unidad, tanto el campo de observación como el campo de lo observable en cada sociedad para delimitar los alcances de la visión científica.

12 No se trata, en el primer caso, de una obra extensa, pero sí de una revisión extremadamente original de los problemas de la teoría del conocimiento para sociedades atrasadas. Zavaleta desarrolla am-

cuestión en el panorama de las ciencias sociales. Las grandes corrientes de pensamiento clásico asumieron la industrialización como una etapa revolucionaria de desarrollo de la humanidad, en la que se abrían las mayores posibilidades de conocimiento racional (Weber), de integración social (Durkheim), o de transformación (Marx). La industria era vista como el centro de agudización de las contradicciones sociales más importantes en la historia de la humanidad, así como la más grande esperanza de su liberación.¹⁵

En nuestro siglo, sin embargo, el recuento aparece muy distinto. Luego de dos siglos de industrialización, no puede hablarse de una liberación social de los obreros fabriles, ni desde el punto de vista social, ni en cuanto al contenido alienante de su propio trabajo. Como mencionábamos anteriormente, los medios de dominación se han ampliado y sofisticado a tal punto que la problemática social europea y norteamericana parece a muchos analistas como definitivamente alejada de la lucha de clases a que Marx se refirió como elemento esencial de la posibilidad de superación de este régimen. La sociedad se presenta, desde este punto de vista, en un proceso de disolución de sus conflictos anteriores más agudos, así como sufriendo una homogeneización pasiva que obliga a abandonar toda esperanza de transformación.

Esta visión, que autores como Swingewood y Bottomore no han dejado de calificar de pesimista¹⁶ ha sido justamente el centro de la polémica más reciente en las ciencias sociales de los países desarrollados. Nuevamente, parte importante de la controversia ha girado en torno de los variados e interesantes planteamientos de los miembros de la escuela de Frankfurt, quienes han avanzado un análisis minucioso de las condiciones sociales y del conocimiento en la sociedad industrial. Destacan los trabajos de Adorno: *La Personalidad Autoritaria*; Marcuse: *El Hombre Unidimensional*, y Habermas: *La Crisis de Legitimación*¹⁷ como verdaderos hitos en la historia reciente de las ciencias sociales.

Estos trabajos tienen el mérito de desentrañar las peculiaridades de la dominación en la era científico tecnológica, haciendo un énfasis en los aspectos ideológicos que la hacen por un lado más sutil y por otro más incontestable en la situación actual. El común denominador de estos esfuerzos es la desesperanza

ante la evolución de la sociedad industrial, especialmente en sus expresiones más dramáticas en el stalinismo y el hitlerismo (del que tuvieron que huir todos los miembros de esta escuela), y, me atrevería a decir, la tipificación de estos fenómenos como propios de esta etapa de evolución de la humanidad. La masificación de la cultura, la subordinación de las masas, la disolución de las capacidades revolucionarias de la clase obrera, el dominio totalitario del Estado y la pérdida de la identidad individual son otros tantos efectos visibles de este régimen social, desde su punto de vista.

Ante la desarticulación de una alternativa revolucionaria en las potencias capitalistas, los miembros de la escuela de Frankfurt, junto con otros estudiosos, tendieron a relegar los aspectos propiamente políticos de la lucha de clases por la cuestión económica e ideológica, características del nuevo poder estatal. Su desilusión ha abierto el campo a la realización de múltiples investigaciones empíricas de diverso signo sobre los fenómenos sociales, económicos y culturales del capitalismo actual, que aportan mucho en el conocimiento de su mecánica de funcionamiento, pero muy poco acerca de sus perspectivas globales.¹⁸

En contraste con esta visión, no deja de ser significativo que la corriente de pensamiento que más énfasis ha puesto en los elementos políticos de la nueva etapa de la lucha de clases haya sido, justamente, la italiana, ya que las organizaciones sociales y políticas de ese país han conservado la mayor vitalidad y dinamismo a lo largo de los últimos años. Pensadores tan importantes como Valentino Gerratana, Giuseppe Vacca y Luciano Gruppi, han iniciado una recuperación crítica de la teoría marxista, desbrozando el camino trazado por el dogmatismo y abriendo perspectivas de conocimiento que sustenten la actividad política de masas en contra de la hegemonía burguesa.

15 Véase la síntesis elaborada por Antony Giddens, *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social*, Barcelona, Ed. Labor, 1977.

16 Alan Swingewood, *El Mito de una Cultura de Masas*, México, La Red de Jonás, Premiá Editora, 1979; Tom Bottmore, *The Frankfurt School*, London, Ellis Horwood Ltd, 1984.

17 Theodor Adorno, et al., *La Personalidad Autoritaria*, Buenos Aires, Proyección, 1965; Herbert Marcuse, *El Hombre Unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1969; y Jürgen Habermas, *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press, 1973.

18 En esta misma línea se desarrollan los trabajos de Louis Althusser y Nicos Poulantzas, quienes haciendo una lectura peculiar de Marx y de Gramsci elaboran una teoría del nuevo funcionamiento del Estado capitalista, enfatizando los mecanismos de control ideológico (llamados por Althusser aparatos ideológicos) del Estado, como definitorios de la nueva etapa de lucha de clases. Véase, por ejemplo, las tesis del primero en *Discutir el Estado*, México, Folios Ediciones, 1982, y las del segundo, entre otros, en *Hegemonía y Dominación en el Estado Moderno*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente no. 48, 1975.

Una aportación original al problema del poder ha sido presentada por Michel Foucault, quien, asimilando los conocimientos psicoanalíticos de Fromm o Lacan, y la perspectiva filosófica de Nietzsche y Sartre, ha establecido los cimientos de una visión que pone el acento en la difusión del discurso del poder desde centros locales de organización y contención social como la familia, las instituciones psiquiátricas o las prisiones. Véase la antología *El Discurso del Poder*, México, Folios Ediciones, 1983, como introducción a su complejo pensamiento.

sa.¹⁹ Es en este sentido que dichos pensadores han elaborado proposiciones complejas sobre la actualidad de la democracia y la necesidad de construcción de una nueva hegemonía o, al decir de Gramsci, una voluntad colectiva nacional y popular, dirigida por la clase obrera.

Destaca como inquietud de esta corriente la de integrar el conocimiento científico, totalizador de la realidad social, al horizonte político de su transformación. Todos los estudiosos a que nos referimos participan de alguna organización política, lo que ha dado un sentido y una fuerza particular a sus elaboraciones teóricas.

La sociedad italiana ha exigido y exige de sus intelectuales un elevado compromiso con su proceso de democratización. Es así que las tesis sobre la hegemonía no se hallan, como en otros sitios, entramadas en el discurso ideológico, sino firmemente adheridas al movimiento real por una superación de las contradicciones económicas, sociales, ideológicas y políticas que se enfrentan en la hora actual.

En especial, se ha referido al marco político de la vida colectiva y la democracia, al tiempo que se ha ampliado este concepto para incluir la representación política de las fuerzas sociales y la organización y gestión de la vida social. En esta orientación se ha dado una gran importancia al tema de la reforma democrática del Estado y a la organización de nuevas formas de democracia "directa" en la base de las asociaciones que rigen la vida de los barrios, las escuelas, las fábricas, las asociaciones culturales o los municipios. La cultura ha sido objeto de particular atención y forma parte central del nuevo proyecto hegemónico de la clase obrera la incorporación de todas las formas de expresión de la vida social. Esta corriente integra así elaboraciones y movimientos tan vastos como el ecológico, el pacifista, el artístico-cultural, el sindical y el propiamente político en una de las concepciones más enriquecedoras de los últimos tiempos.

Por su parte, es excepcional también, en la formulación de tesis sobre un socialismo democrático el trabajo de Robert Havemann,²⁰ quien desde la República Democrática Alemana ha hecho una sólida crítica

al dogmatismo científico y al autoritarismo político característicos de algunos regímenes socialistas europeos, al tiempo que considera la necesidad de completar los enormes avances del socialismo en el terreno económico con una plena socialización del poder político.

En América Latina, los primeros estudios sistemáticos del proceso de industrialización datan de fines de los cuarentas, con la formación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dependiente de la Organización de las Naciones Unidas.

El pensamiento social de la CEPAL estuvo, por una parte, asociado a los desarrollos de la teoría de la modernización, cuyas fuentes recientes son, por ejemplo, Rostow, Eisenstadt o Etzioni, y por otra parte, por la gran corriente de inversiones norteamericanas en la industria de nuestros países. Se generó entonces el mito del progreso de la economía y las sociedades latinoamericanas con base en la superación de las sociedades agrarias por la nueva dinámica industrial.²¹

La propuesta central de los estudios de la CEPAL era revertir las tendencias a la perpetuación del atraso de las sociedades agrarias y mineras latinoamericanas mediante un importante impulso a la industrialización. Se trataba de invertir los excedentes de la venta de materias primas en la formación de una planta industrial y el desarrollo de núcleos urbanos que le dieran espacio. En un inicio, el gasto debería provenir del Estado (cuyos recursos se alimentarían de la gravación de la exportación y el endeudamiento externo), pero en la medida en que se dio la ampliación del mercado interno, la acumulación de capital haría posible la realización de una opción más liberal en el sentido clásico. Esta propuesta no excluía, desde luego, la aceptación de una cuota de capital extranjero directo en el despegue industrial, pero le asignaba una función subordinada al conjunto de la política estatal.

Una década después, los estudiosos de la CEPAL reconocieron sus insuficiencias al no ser capaces de prever que, por una parte, la inversión extranjera había avanzado rápidamente hasta convertirse en monopolizadora de la actividad industrial, y que, por otra, los establecimientos creados de industria de bie-

19 Es notable la síntesis elaborada por Luciano Gruppi en *El Concepto de Hegemonía en Gramsci*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1978, y en *El Pensamiento de Lenin*, México, Col. Teoría y Praxis de Ed. Grijalbo, 1977. Igualmente, encontramos gran interés en el trabajo de Valentino Gerratana, *Investigaciones sobre la Historia del Marxismo*, México, Col. Hipótesis de Grijalbo, 1975 (2 vols.). Finalmente, sobre el tema de poder y democracia destaca la antología *¿Existe una Teoría Marxista del Estado?*, Puebla, ICUAP, 1978, así como el texto de *Discutir el Estado* a que ya nos referimos.

20 *Diálectica sin Dogma*, Barcelona, Ed. Ayuso, 1977; y *La Libertad como Necesidad*, Barcelona, Ed. Laia, 1979.

21 Walt Whitman Rostow, *Las Etapas del Crecimiento Económico; Un Manifiesto No Comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961; Shmuel Noah Eisenstadt, *Modernización; Movimientos de Protesta y Cambio Social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1968; Amitai Etzioni, *Los Cambios Sociales, Fuentes, Tipos y Consecuencias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. Por su parte, el autor más relevante de la CEPAL es Raúl Prebisch. Entre sus trabajos, señalamos: *Hacia una Dinámica del Desarrollo Latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963; *Transformación y desarrollo, la Gran tarea de América Latina. Informe al BID*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981. Para una apreciación global de esta corriente, véase Octavio Rodríguez, *La teoría del Subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI, 1980.

nes intermedios, no resolvían sino que reforzaban la dependencia del exterior, y, finalmente, que existían límites a la capacidad de endeudamiento estatal que podían presentarse antes de que el mercado interno mostrase una cierta autonomía.

En los años sesenta, el abandono del campo y el crecimiento excesivo de las ciudades complicó el panorama de pobreza y violencia en las sociedades latinoamericanas. La inflación, la marginalidad, el analfabetismo y el desempleo se convirtieron en cuellos de botella de los que difícilmente podría salirse con las políticas propuestas por esta corriente.

Por su parte, el derrocamiento del gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, la explosión de la Revolución Cubana y más tarde el golpe de estado de Brasil en 1964 y la intervención norteamericana en República Dominicana en 1965 despertaron violentamente de su sueño a los científicos sociales latinoamericanos. Era claro ya que las tentativas de realización de una alternativa social, antimperialista y democrática cuestionaban severamente a los creyentes del sueño del progreso a la "american way". En segundo lugar, la crudísima realidad de la participación directa e indirecta del gobierno norteamericano en el derrocamiento de regímenes que se enfrentaban como opciones democráticas avanzadas al esquema capitalista, hacía ceñir una tremenda amenaza hasta sobre los más tímidos esfuerzos de fortalecimiento efectivo de la soberanía nacional.

Es en ese contexto que surgen las dos corrientes teóricas y políticas más significativas del pensamiento y la práctica social de aquellos años. Por un lado, el dependientismo, que era al mismo tiempo una crítica a la teoría modernizadora de la CEPAL y una reformulación de la teoría marxista, cuyo objetivo central era explicar la ubicación de América Latina en el contexto del nuevo imperialismo internacional, y por otro lado, el movimiento guerrillero, que hacía de la crítica con las armas su principal forma de rebelión contra los designios del capital norteamericano.²²

Con matices y diferencias no poco importantes, el marxismo hizo su entrada de lleno en las universidades latinoamericanas y dominó el universo del conocimiento social. La polémica entonces entablada con los defensores de las tesis modernizadoras fue tan

22 Véase, por ejemplo, los ensayos de Theotonio Dos Santos, *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1972; o *Imperialismo y Empresas Multinacionales*, Buenos Aires, Ed. Galerna, 1973. También, de Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la Dependencia*, México, Era, 1973; y *Subdesarrollo y Revolución*, México, Siglo XXI, 1969. Por último, los trabajos de un antiguo cepalino, Celso Furtado, *El desarrollo económico: un mito*, México, Siglo XXI, 1975; y *Creatividad y Dependencia*, México, Siglo XXI, 1979. De Régis Debray, *La Crítica de las Armas*, y *Las Palabras de Fuego*, México, Siglo XXI, 1975.

aguda que obligó a replantear, en términos generales, el conjunto de la formación académica y los objetivos de la actividad profesional de una parte sustantiva de los pensadores latinoamericanos.

La crisis política y social del modelo de industrialización adoptado a fines de los cuarenta hacía aparecer, con la mayor crudeza, el elemento de dependencia internacional del capitalismo latinoamericano como determinante y distorsionante de cualquier opción política nacional. La revisión que se hacía de los problemas del imperialismo llevaba a ver la dependencia como un círculo cerrado del que sólo podría salirse mediante un "salto" revolucionario. Los dependientistas equiparaban socialismo a soberanía nacional y se declaraban partidarios del cambio radical. Su conceptualización los llevaba a considerar de manera subordinada la importancia específica de las correlaciones de fuerzas sociales y a ubicar el papel del Estado únicamente como agente administrativo del capital extranjero y de la represión. Al límite, estudios como el de *Dialéctica de la Dependencia*, de Ruy Mauro Marini, constituían un ejemplo de abstracción y teorismo excesivo de la problemática de las sociedades latinoamericanas, así como una negación a involucrarse en las "minucias" de su desarrollo histórico concreto.²³

No obstante, el amplísimo debate sobre el desarrollo latinoamericano desatado por las tesis dependientistas y antidependientistas, ejemplo brillante de lo cual es la polémica de André Gunder Frank y Rodolfo Stavenhagen a finales de los años sesenta, el marxismo tuvo un impulso extraordinario con la revisión de conceptos y categorías como las de modo de producción, formación económico social, acumulación capitalista, etcétera, que se convirtieron en los ejes de una reflexión organizada del pasado, presente y futuro posible de nuestra región. De esta recapitación son producto los trabajos de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Tulio Halperin Donghi, Osvaldo Sunkel y Pedro Paz y más recientemente, Agustín Cueva, quienes aportaron mucho a la investigación histórica de nuestra zona.²⁴

23 Régis Debray, *op. cit.*

24 André Gunder Frank, *Desarrollo del Subdesarrollo*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1969; Rodolfo Stavenhagen, *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*, México, 1971. Sobre modos de producción, véase Assadourian et al, *Modos de Producción en América Latina*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, no. 40, 1973. De Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1979; de Celso Furtado, *La Economía Latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*, México, Siglo XXI, 1969; Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1971; Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El Subdesarrollo Latinoamericano y las Teorías del Desarrollo*, México, Siglo XXI, 1976; Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.

La abrumadora sucesión de acontecimientos políticos en América Latina en los años sesenta y setenta obligó paulatinamente a equilibrar la discusión en el estudio más puntual de la evolución de cada nación. El tema de la revolución tuvo que ser revisado a la luz de los avances y retrocesos de la lucha por la democracia y ello explica en gran medida el interés que han despertado en los últimos quince años planteamientos del tema elaborados en Europa.

Justamente, en la inquietud de precisar aspectos diversos de la historia latinoamericana se hicieron diversas antologías de estudios de casos como las que coordinó Pablo González Casanova: la *Historia de Medio Siglo*, *Historia del Movimiento Obrero* y la *Historia del Movimiento Campesino*, que son algunas de las más importantes aproximaciones hechas en esta materia.²⁵

En México, destacan trabajos como la *Historia del Movimiento Obrero*, *Historia de la Revolución Mexicana* y *México en los Ochentas*, que son una muestra de la enorme capacidad desarrollada en el estudio sistemático de nuestra vida social.²⁶

De toda esta discusión quisiéramos señalar, de manera provisional, algunas de las que nos parecen sus conclusiones más significativas:

1) La opción capitalista no es la única posible de desarrollo social en América Latina. En años recientes —y especialmente con la crisis de la que hablaremos a continuación— se ha mostrado de manera fehaciente que el futuro de nuestra región no es, absolutamente, el de los países capitalistas centrales del siglo XIX.

El fracaso de la industrialización sustitutiva de importaciones, el deterioro constante de las condiciones de vida y la pauperización creciente de las poblaciones latinoamericanas anulan prácticamente por completo el sueño del futuro capitalista venturoso. Por su parte, el desarrollo de la sociedad cubana y, más recientemente, de la nicaragüense en sentidos alternativos, muestran las posibilidades de una dignificación de la vida humana a partir de la superación radical de las contradicciones sociales que genera el capitalismo.

2) La prolongada supervivencia de las dictaduras latinoamericanas y la derrota del movimiento guerrillero de los años sesenta y principios de los setenta obligó a una nueva controversia sobre el carácter de la dominación burguesa de América Latina y de sus formas de subordinación a la gran potencia de nuestro continente. También fue importante el estudio de las

peculiaridades de su relación ideológica, política y social con las masas latinoamericanas a las que durante largos períodos han sometido y, en gran medida, desarticulado en sus opciones y organizaciones propias.

3) La compleja situación internacional, así como las consecuencias del viraje derechista en la mayoría de los países en esos años forzaron a los analistas latinoamericanos a repensar las opciones alternativas a la situación actual en términos mucho más inmediatos que los de capitalismo o socialismo, haciendo particular énfasis en el estudio del contenido y las dificultades de las alternativas democráticas que se presentan a cada situación nacional.

4) La crisis, que afecta al conjunto de los países latinoamericanos, ha hecho confluír en la política a las grandes opciones teóricas e ideológicas, en el pasado extremadamente diferenciadas, del desarrollo y la dependencia. La búsqueda de soluciones prácticas al problema de la deuda, como lo apunta con claridad Agustín Cueva, ha hecho sacar del cajón las viejas tesis del desarrollismo de los años cincuenta y ha colocado, en los países de reciente recuperación democrática, tanto a los representantes de organizaciones o partidos democráticos y socialistas como a los antiguos y nuevos teóricos de la CEPAL juntos en la reconstrucción de un espacio mínimo de supervivencia colectiva. Indudablemente, la agudización de las contradicciones económicas que vive actualmente la región colocan en una perspectiva mucho más cercana los esfuerzos encaminados a contruir un marco mínimo de soberanía nacional, al tiempo que los diferencia de las tesis cada vez más intervencionistas y belicistas de los epígonos del capital internacional.

5) En fin, la situación actual ha dado lugar a un enriquecimiento extraordinario de las tesis teóricas, ideológicas, políticas y culturales sobre el problema nacional. En gran parte gracias a una labor editorial notabilísima cubana y mexicana se ha logrado contar, en los últimos años, con ediciones recientes de los clásicos del pensamiento social latinoamericano desde la Independencia, lo que ha favorecido una revivificación de discusiones habidas en otros momentos de crisis y lucha regional, para extraer de ellos las más importantes enseñanzas sobre las posibilidades de la unidad latinoamericana y de la recuperación de la dignidad y la soberanía nacional.

El impulso a los estudios latinoamericanos en los últimos doce años ha sido más significativo y considerable que en toda la historia de nuestra vida independiente.

25 México, Siglo XXI, 1981, 1984 y 1985, respectivamente.

26 La primera y la tercera, editadas por Siglo XXI, mientras que la segunda, por El Colegio de México.

C) El debate sobre las perspectivas del cambio social

Hemos dicho que en los últimos años la magnitud de la crisis económica ha puesto seriamente en duda las hipótesis centrales de las teorías de la modernización y el cambio social aun en los países capitalistas centrales. El nuevo tipo de acumulación capitalista, donde ha tenido un rol fundamental la monopolización, la transnacionalización y la militarización de desarrollo industrial, ha llevado en ellos a formas orgánicas y de articulación entre las instituciones y la vida social no previstas con anterioridad. Las características de la acumulación financiera internacional han conducido a los investigadores a considerar la exigencia de un nuevo orden económico, político y social mundial, así como a escudriñar la alternativa de una transición del capitalismo al socialismo en estas condiciones.

La confrontación de reforma y revolución, o la transición insurreccional al socialismo que estuvo presente en el triunfo de la revolución de octubre y la derrota de los movimientos revolucionarios europeos en los años veinte, volvió a presentarse a raíz de las experiencias revolucionarias e independentistas en África, Asia y América Latina en los años cincuenta y sesenta. Para muchos teóricos, la explosión revolucionaria en países subdesarrollados y la estabilización capitalista en las grandes potencias evidenciaba la urgencia de revisar y modificar las antiguas teorías del socialismo con base industrial y obrera.

Este planteamiento, sin embargo, no agotó la argumentación sobre las posibilidades de la transición al socialismo en Europa, y ya a mediados de los años setenta, se formuló de manera consistente la tesis del Partido Comunista Italiano de la potencialidad de una "tercera vía", que consistiera en una transición democrática y esencialmente pacífica del capitalismo al socialismo. Sustentada en la experiencia política de los últimos años en ese país, pronto se difundió a otros de Europa, y forzó tanto a sus defensores como a sus detractores, a hacer una revisión muy minuciosa de los textos políticos de Marx, Engels y Lenin sobre las dificultades del socialismo real, particularmente en los países europeos. En este punto, resultan de particular interés investigaciones como las de Sweezy, Rossanda, Gerratana y otros en el volumen publicado sobre *Teoría de la Transición*.²⁷

27 Enrico Berlinguer, *La Alternativa Comunista*, Madrid, Bruguera, 1978; Varios, *Problema del Estado y la Dictadura del Proletariado*, Puebla, ICUAP, 1978; Robin Blackburn y Darío Lizardo, *Teoría Marxista de la Revolución Proletaria*, Puebla, ICUAP, 1978; Varios, *Teoría del Proceso de Transición*, Córdoba, Pasado y Presente No. 46, 1973; Varios, *El Marxismo y la Crisis del Estado*, Puebla, ICUAP, 1977.

El problema de la revolución ha sido ampliamente estudiado en Europa desde la perspectiva de la democracia. En una perspectiva marxista, la transición a un régimen superior, se afirma, debe estar necesariamente sustentada por el convencimiento y la participación activa y organizada de la mayoría de la población. El socialismo debe ser la expresión consciente de la voluntad social de las fuerzas fundamentales que componen la sociedad. Es preciso desmistificar la supuesta llave del éxito de las propuestas del asalto al poder. Aún el análisis de las tesis leninistas sobre la revolución, arrojan, luego de una lectura histórica más compleja, un saldo no considerado de una prolongadísima lucha por la democracia y la construcción de una hegemonía obrera. Los trabajos más recientes de *Historia del Marxismo*, emprendidos bajo la dirección de Eric Hobsbawn, extraen también conclusiones valiosísimas sobre las formas en que históricamente se han dado las transiciones; la madurez política y organizativa de la clase obrera, el peso social del campesinado, la orientación de la producción industrial y el grado de socialización de la política son definitivos en la determinación del horizonte revolucionario.²⁸

Desde luego, el examen de experiencias revolucionarias recientes a la luz de estas tesis resulta sumamente aleccionadora. A diferencia de lo que se piensa, la visión europea y latinoamericana tienden a confluir en la revisión de problemas comunes relativos a la renovación de la esperanza socialista, tan gastada con el dogmatismo y el estancamiento crítico característicos del stalinismo.

Las experiencias cubana, chilena, nicaragüense y salvadoreña han permitido, por ejemplo, avanzar tremendamente en la desmistificación del proceso de formación de una "vanguardia" revolucionaria. La unidad política de fuerzas sociales y políticas diversas, que expresan más ampliamente una alternativa nacional, se está convirtiendo en sustento de una elaboración original sobre el papel de las organizaciones sociales en la transición. Asimismo, la reivindicación de diversas formas de lucha democrática, que van desde las elecciones hasta la formación de milicias populares, como ha ocurrido en Cuba y Nicaragua, permiten entrever nuevas posibilidades de la formación de un consenso mayoritario orientado al cambio social. De la misma manera, la irrupción de movimientos de masas tan diversos como el pacifismo europeo o los movimientos campesinos, marginales y estudiantiles en Latinoamérica obligan a repensar en nuevos términos las necesidades y posibilidades de una convivencia democrática.

28 Eric Hobsbawn, ed. *Historia del Marxismo y la Crisis del Estado*, Puebla, ICUAP, 1977.

Quedan por estudiar experiencias como la francesa, la española, la italiana o la sueca de los últimos años, de gobierno socialdemócrata, que han ofrecido en diversos grados, un amplísimo material para la formulación de proposiciones de renovación de las estructuras sociales y políticas en el mundo dentro del capitalismo. La influencia de su visión no ha dejado de hacerse sentir en América Latina;²⁹ particularmente, al desarrollo de experiencias de "renovación democrática" en países como Brasil, Argentina, Uruguay y Perú abren espacios a consideraciones no ausentes en la reflexión de décadas pasadas.

De igual manera, la política entre las corrientes ortodoxas y renovadoras del socialismo no deja de ser áspera, pero el hecho de que esté ya inevitablemente precipitada por el tema de la democracia no deja de ser significativo. El enriquecimiento posible de esta controversia deberá sustentarse en un análisis crítico que permita efectivamente comprender los retos que suscita la realidad, y no en una aplicación incuestionada de tesis teóricas ajenas, nuevas o viejas.

Nos interesa resaltar, en este último tema, algunos de los asuntos que consideramos más significativos del último periodo:

a) La profundización de la crisis económica internacional ha puesto en evidencia la insuficiencia de los tradicionales mecanismos de regulación capitalista. En particular el agotamiento de la capacidad crediticia de los países subdesarrollados y el agravamiento de tensiones sociales producto de las obligadas reestructuraciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional y las sociedades financieras, comienzan a mirar peligrosamente la estabilidad del sistema financiero internacional y a colocar la situación mundial en lo que podríamos llamar un estado de preguerra.

b) La crisis pone de manifiesto tendencias a la violencia social de las masas, que con frecuencia rebasan las capacidades de organización de las fuerzas fundamentales de la sociedad. Asimismo, la inseguridad que provoca lleva a fenómenos de descomposición, despolitización y conservadurismo que son la base de respuestas autoritarias a la misma. A pesar de que se ha mostrado que dichas respuestas no hacen sino agravar la crisis, resta todavía investigar a fondo los mecanismos sociales que se ponen en juego en tales circunstancias.

c) Lo que patentiza la crisis es la dificultad de reducirse a la generalidad de las antiguas opciones polares de insurrección o lucha por la democracia como formas alternativas de acceso a la transición al socialismo. La tarea que aparece ahora como central a las

fuerzas sociales y a la teoría es, justamente, la de adecuar sus postulados a las condiciones nacionales e internacionales concretas en que se desempeñan.

De modo semejante, la crisis ha hecho madurar la necesidad de profundizar las transformaciones sociales y políticas emprendidas por el socialismo y ha señalado el requerimiento de que los países organizados bajo este sistema social den respuestas claras y contundentes a los actuales retos de la situación internacional.

De manera cada vez más clara la realidad llama a la teoría y empieza a demandar de ella la historia que vivimos. Es preciso escudriñar cada elemento de la actualidad para encontrar en él las claves que nos permitan hacer de su crítica parte de la superación posible de las dificultades del mundo en que vivimos. La situación nos ha modificado y nos ha hecho acercarnos a problemas que hasta hace poco podíamos pasar por alto. De ahora en adelante, nada que se produzca en algún extremo del mundo puede dejar de afectar las opciones de continuidad o ruptura de cada sociedad.

Así, es posible que reflexiones como la realizada por Fidel Castro en *La Crisis Económica y Social del Mundo*, o más recientemente, en la serie de entrevistas que publicara el periódico *Excelsior*,³⁰ tengan mucha más resonancia a nivel mundial de lo que tuvo antes pensador latinoamericano alguno.

Del mismo modo, la prolongada batalla política y diplomática encabezada por los dirigentes de la revolución nicaragüense ha llevado la revolución latinoamericana más allá de todas las fronteras internacionales que antes se oponían al traspaso de información y experiencias acerca del dramatismo de los efectos devastadores de la política agresiva del capital internacional.

Presentamos así nuestra desgracia, pero también nuestra esperanza. No seremos nunca más unos cuantos en comprobar los "desafíos del tiempo fecundo", en palabras de Spoerer.³¹ Podemos estar ya a las puertas de un nuevo paradigma, pero no solamente del conocimiento científico, sino, y sobre todo, de la historia de la humanidad.

Finalmente, quisiéramos avanzar una reflexión sobre las perspectivas de una relación interdisciplinaria en las actuales condiciones de desarrollo de las ciencias sociales. Los retos que se plantean al conocimiento de la sociedad se hacen mucho más complejos y, con ello, los esfuerzos que pueden aportar las distintas disciplinas son cruciales. No puede tratarse más de una relación que sume simplemente tesis, métodos y lenguajes

29 Carlos Morales, *La Internacional Socialista*, México, Patria Grande, 1981.

30 México, Siglo XXI, 1983; *Excelsior*, del 9 al 17 de abril de 1985.

31 Sergio Shoerer, *América Latina: Los Desafíos del Tiempo Fecundo*, México, Siglo XXI, 1980.

de cada rama de la investigación científica. Se trata, más propiamente, de replantear los objetivos comunes e identificar los elementos de complementariedad que permitan llegar a verdaderas explicaciones generales de los fenómenos sociales. Tal vez, en esa dirección, la posibilidad más desarrollada de una relación interdisciplinaria sea justamente la de la concepción totalizadora de la realidad. A nivel epistemológico, la fundamentación de una actividad complementaria de las distintas ramas de conocimiento puede hallarse, como lo hemos afirmado, en la determinación de objetivos comunes, pero también en el principio inevitablemente presente de la articulación de todos los aspectos de la realidad en un solo y complejo sistema. Desde esta visión, todo conocimiento es complementario, y no hay explicaciones privadas de ningún ámbito exclusivo. No hay causalidades simples que sean eficaces ante los problemas de articulaciones múltiples que enfrenta la realidad social. Como lo afirma Piaget, la relación interdisciplinaria debe *modificar* radicalmente la aproximación a nuestro objeto de conocimiento, enriqueciendo constantemente su horizonte sobre la base de un punto de partida común. La recuperación de la visión totalizadora deberá permitirnos superar incluso la interdisciplinaria para llegar a lo que los

epistemólogos llaman una transdisciplinaria. Una propuesta interesantísima de lo que sería la nueva formación curricular está contenida en el trabajo de Erich Jantsch en el seminario sobre interdisciplinaria que tuvo lugar en Niza en 1970. En términos generales, él distingue las actividades universitarias de educación, investigación y servicio (extensión) y propone su reorganización en tres grandes áreas: laboratorios de diseño de sistemas, departamentos orientados a las funciones, y departamentos orientados a las disciplinas, que deberán estar integrados de manera horizontal y vertical. Su propuesta, que lamentablemente no podemos detallar aquí, constituye indudablemente una aportación a la universidad del futuro, tanto en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias sociales. Es el inicio de una discusión que no está lejana para nosotros.³²

El sustento de esta y otras propuestas semejantes debe hallarse en la búsqueda de una integración plena de los científicos a la vida social. Ella favorecerá la identificación del trabajo intelectual con los objetivos de supervivencia, conocimiento y reproducción del conjunto de la humanidad. La competencia entre las ciencias será entonces cosa del pasado.



32 Véase los trabajos de Adam Karpinsky, *L' Interdisciplinariété*, Universidad de Montreal, 1978; *Seminario sobre la Interdisciplinaria en las Universidades*, Niza, 1970; Varios, *Tendencias de la Investigación en las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza, 1973.